



“La historia en la *Crónica mexicana*”

p. 119-142

José Rubén Romero Galván

Los privilegios perdidos

*Hernando Alvarado Tezozómoc, su tiempo, su nobleza
y su Crónica mexicana.*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

170 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 1)

ISBN 970-32-0690-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/419/privilegios_perdidos.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



La historia en la *Crónica mexicana*

Los mexicanos

El relato contenido en la *Crónica mexicana* se refiere al pasado de los mexicanos. Una lectura atenta de los 110 capítulos que la componen nos permiten ver que la historia allí relatada concierne primordialmente a un grupo social: los pipiltin, la nobleza mexicana. Las acciones guerreras que este grupo llevó a cabo, sus triunfos, sus derrotas, sus preocupaciones, la sucesión de sus miembros en los cargos más importantes del gobierno, la milicia y el clero, son los hechos que retienen la atención del autor. En las escenas de esta historia, el fondo escénico es la extraordinaria ciudad de México Tenochtitlan; el pueblo interviene sólo como los coros en las obras de teatro clásico, y las figuras protagónicas que se mueven continuamente y ocupan siempre los primeros planos son el huey tlahtoani, el cihuacóatl, los pipiltin. Una sola vez el autor reconoce que la historia que escribe es la del devenir de la nobleza mexicana: “Comienza el memorial de los valerosos soldados conquistadores de Azcapotzalco”.¹ Sabemos que quienes obtuvieron la gloria en esta campaña victoriosa, los “valerosos soldados conquistadores”, fueron Itzcóatl, el huey tlahtoani, Tlacaélel —el cihuacóatl— y los miembros del grupo que constituía la nobleza mexicana tenochca. Es por lo tanto la historia de la clase que ocupó la cúspide de la pirámide social mexicana, aunque, ciertamente, en el relato se dibuje también, casi velada, la otra historia, aquella de quienes se encontraban en la base de la estructura de la sociedad indígena prehispánica.

A lo largo de toda la *Crónica mexicana*, Tezozómoc ofrece elementos que nos permiten reconstruir la idea que él tenía de los mexicanos. El punto de partida de esta definición podría ser esta pregunta, que el cronista pone en boca de los otomíes: “¿Qué gentes son éstas? ¿De dónde vinieron?”,² cuándo por primera vez vieron a los mexicas.

¹ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. IX, p. 249.

² *Ibidem*, cap. II, p. 227.

Los mexicanos son el grupo guiado por Huitzilopochtli, el colibrí zurdo; es un calpulli —el de los huitznahuaque— que migra seguido por otros calpullis con quienes comparte intereses. Huitzilopochtli es presentado en la crónica como el más fuerte, el más importante entre las divinidades protectoras de los calpullis migrantes. Así, cuando llegan a Coatépéc, construyeron un templo para este dios y “le pusieron (a sus lados) otros demonios a manera de santos”.³ Estos “otros demonios” eran las divinidades de los otros grupos, cuya importancia secundaria se manifiesta por el lugar que ocupaban “a manera de santos” en torno a Huitzilopochtli, dios principal.

Una vez que los mexicanos se instalaron en Tenochtitlan la poderosa protección que Huitzilopochtli les concedía fue muy pronto conocida y tenida en cuenta por los pueblos habitantes de la zona lacustre, sus vecinos. Por ejemplo, cuando Maxtla, el tirano, trata de formar una alianza con todos los estados del valle contra los mexicas, Nezahualcóyotl, tlahtoani de Tetzaco, para disuadirlo, le dice: “los mexicanos también son enviados y traídos por su dios Huitzilopochtli el cual es recio y poderoso”.⁴

Los mexicanos eran los primeros en ser conscientes de esta protección, que constituyó un factor importante de los discursos que pronunciaba el tlahtoani o el cihuacóatl para avivar los ánimos guerreros de los soldados antes de las guerras:

...habéis de saber que los que vienen a nosotros, no son ni tienen más que nosotros sino cuerpo, armas, rodela y macanas, macuahuitl, y no más. Nosotros tenemos gran ventaja porque el propio Tetzahuitl Huitzilopochtli es con nosotros, que él solo hará más que mil de nosotros, pues hemos visto en muchas partes su ayuda, su valor y esfuerzo.⁵

Si las fuerzas de sus enemigos igualaban, e incluso sobrepasaban las de los mexicanos, ellos contaban siempre con las ventajas que se desprendían de la protección de su dios. Es por esto que su devenir se constituye en historia de pueblo elegido.

Existe en la *Crónica mexicana* una cierta dicotomía en torno a las divinidades prehispánicas —entre las que evidentemente debemos contar a Huitzilopochtli— consistente, por un lado, en la manera como se manifiesta a través de ellas el demonio en lo que toca a los sacrificios humanos y otros ritos calificados de abominables, y, por el otro,

³ *Ibidem*, p. 227-228.

⁴ *Ibidem*, cap. XII, p. 258-259.

⁵ *Ibidem*, cap. XLVIII, p. 403.

la actuación de esas divinidades, en especial Huitzilopochtli, cuando realizan algún acto que redunde en beneficio del pueblo. En los textos que aluden a las deidades y los sacrificios humanos, los calificativos no se dejan esperar, el autor se muestra particularmente pródigo en su uso. En cambio cuando se trata de pasajes en los que las deidades dan su benéfica ayuda al pueblo, todo calificativo desaparece y sólo quedan los sustantivos “dios” o “demonio” que acompañan al nombre de la deidad. Esta cuestión merece de suyo un estudio aparte. Por el momento nos contentamos sólo con señalarla.

Los mexicanos tenían clara conciencia de la ayuda y la protección que su dios Huitzilopochtli les concedía; pero estas dádivas de la divinidad no eran suficientes para explicar la edificación de un imperio con las características y dimensiones que llegó a tener el de los mexicas. Tezozómoc entendió también esto. Así, en su crónica, al lado de la rica información respecto de las bondadosas relaciones de Huitzilopochtli y los mexicas, que hacen de estos un verdadero pueblo elegido, asienta también datos prolijos que dejan en claro la admiración y el orgullo que siente, como descendiente de aquellos hombres, por los atributos que demostraron a lo largo de todo su complejo devenir. Tezozómoc puso en boca de los mexicanos y de sus vecinos frases que aluden a la bravura, al arrojo y a la valentía de los guerreros mexicas; características sin las cuales difícilmente este grupo hubiera accedido al lugar que ocupó en el universo mesoamericano del siglo XVI.

“Los michoacanos son cincuenta mil, no consiste en eso la bienaventuranza, porque vale mucho más vuestro ardimento, y valerosos ánimos y corajes...”⁶ Debemos señalar que la campaña de Michoacán de la que habla el texto, fue una derrota dolorosa para los mexicanos que, sin embargo, no vieron debilitada la confianza que siempre tuvieron en ellos mismos. La historia del pueblo de Huitzilopochtli continuó sembrada de conquistas victoriosas. Tezozómoc nos muestra cómo aquellos que se nombraban “tigres, leones y águilas, furiosos y valientes”⁷ lograron darle a su ciudad un renombre nunca antes conocido en Mesoamérica.

Para el autor, tanto eran conscientes de sus sobresalientes atributos los mexicanos como lo eran también sus vecinos. El trato que de los mexicanos hace el autor en la *Crónica mexicana* es el de un pueblo que, desde su llegada, siembra la desconfianza y el miedo entre los pueblos vecinos. Ya cuando los mexicas se encontraban en plena migración, los otomíes se referían a ellos diciendo: “parecen gentes remotas,

⁶ *Ibidem*, cap. LII, p. 421.

⁷ *Ibidem*, cap. XXII, p. 291.

alborotadores, malos, belicosos”.⁸ Igualmente, cuando se instalan en el islote en el centro de la gran laguna, bajo la sujeción de los tecpanecas de Azcapotzalco, estos se percataron del espíritu guerrero de los recién llegados: “¿cuán ardides, belicosos y muy sospechosos?... en algún tiempo estos han de prevalecer...”.⁹

Esas características de los mexicas, que la pobreza y la servidumbre a que entonces estaban sometidos no impidió que los otros las percibieran, eran una prefiguración de aquello a lo que ese pueblo llegaría algunos años más tarde. Tan claro lo vio Tezozomocli, señor de Azcapotzalco que, complementando las expresiones que arriba citamos, dijo al observar las actitudes de sus sujetos mexicas cuando estos acudieron a pagar los tributos que les había impuesto: “verdaderamente, tened por cierto, que en algún tiempo estos (los mexicanos) han de prevalecer y ser señores de nosotros y de todas estas comarcas y serranías, de toda calidad de gentes..., si no, miradlos por las obras”.¹⁰

Esta idea respecto del futuro se cumpliría. Los azcapotzcalcas fueron los primeros en sufrir los efectos del avance de los mexicas; después los sufrieron también los demás pueblos de la región lacustre y, al fin, muchos otros de más allá de las montañas, en otras regiones de Mesoamérica.

Nezahualcóyotl tampoco fue ciego ante la fuerza que los mexicas, desde su llegada al valle, habían ido adquiriendo. Este señor de Tetzco, refiriéndose a los mexicanos, no obstante la alianza que lo unía con ellos, dice que “son bellacos y muy belicosa gente astuta... si quisiéremos afrentarlos o los maltratáremos ha de redundar en un gran daño y peligro de todos nosotros y de nuestros pueblos, mujeres, e hijos...”.¹¹

Otro rasgo de la personalidad de los mexicas, señalado por Tezozómoc, y que viene a agregarse a los anteriores, es el de su crueldad. Podría decirse que en la *Crónica mexicana* la crueldad de este pueblo aparece como un efecto de las acciones que realizan aquellos que eran sus sujetos. Cuando había una revuelta, una traición o una desobediencia, el orgullo de los mexicas no tardaba en manifestarse traduciendo en acciones ciertamente crueles.

No son pocos los pasajes en que Alvarado Tezozómoc nos muestra las reacciones violentas de los mexicas cuando una de sus provincias se sublevaba. Organizaban entonces una campaña punitiva que siempre concluía con escenas de una crueldad inimaginable. Dado que las descripciones de todas estas guerras de escarmiento guardan en-

⁸ *Ibidem*, cap. II, p. 227.

⁹ *Ibidem*, cap. III, p. 232.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*, cap. XIX, p. 282.

tre sí grandes similitudes, tomaremos al azar una de ellas. Se trata de la reconquista de la provincia de Ahuilizapan. La acción se desarrolla cuando la armada mexicana llega a Cuetlaxtlan, “donde comenzaron a matar viejos, mujeres, mozos, niños y criaturas de cuna que era la mayor lástima y compasión del mundo, ver tanta crueldad...”¹²

Las más grandes desobediencias en las que podían incurrir los pueblos sujetos de los mexicas eran aquellas que tenían alguna relación con el desarrollo de las campañas guerreras que éstos realizaban. En efecto, todas las provincias tributarias tenían la obligación de brindar hospitalidad a los mexicanos cuando éstos, durante las campañas guerreras, atravesaban sus territorios. Si una de aquellas provincias trataba de sustraerse a tal obligación, el castigo no se hacía esperar, el ejército mexica rodeaba y tomaba el pueblo que así había faltado a sus deberes.¹³ La firmeza en exigir el cumplimiento de disposiciones como ésta permitieron al pueblo de Huitzilopochtli ir siempre adelante en sus conquistas. Esta era la única forma de que durante las guerras, incluso aquellas que se realizaban en zonas alejadas de la capital del imperio, la armada nunca careciera de las provisiones necesarias, tanto en armas como en alimentos. Así, sin pasar hambres, los mexicas recorrían muchas zonas mesoamericanas sembrando el terror.

Tezozómoc nos muestra pues la bravura, la valentía, incluso la crueldad, como los atributos que permitieron a los mexicanos llevar a buen término las conquistas que emprendieron. En muchos casos fueron dichos atributos los que persuadieron a las provincias sujetas de no emprender insurrección alguna contra el poder mexica. En otras ocasiones esta fama bastó para que, con sola su presencia, los mexicas infundieran miedo y lograran la victoria sin necesidad de lanzar un solo dardo. Sin embargo, esta crueldad tan notable no impedía a los mexicanos experimentar el sentimiento de “misericordia” ante un pueblo que suplicaba su ayuda. Así fue cuando los huexotzincas cansados de soportar a los tlaxcaltecas, se acercaron a los mexicas para pedirles protección, misma que inmediatamente les fue concedida. El agradecimiento de los hombres de Huexotzinco fue muy elocuente pues “jamás se olvidarían de su humana misericordia (de los mexicanos), los que son y nacerán de hoy en adelante”.¹⁴ Los huexotzincas al acudir pidiendo la ayuda de los mexicas, aceptaron ser sus vasallos y, para no dejar duda al respecto, aceptaron de buen grado a Huitzilopochtli

¹² *Ibidem*, cap. XXXII, p. 331.

¹³ *Ibidem*, cap. XXIX, p. 315.

¹⁴ *Ibidem*, cap. XCVII, p. 639-640.

como dios, quien desde ese momento, según lo dijeron, sería “nuestro padre, madre y amparo...”¹⁵

Todos estos atributos eran bases sobre las que los mexicanos apoyaban su derecho de ser señores. En efecto, cuando se trataba de imponer un tlahoani en una provincia conquistada, no dudaban en decir “...que nuestros mexicanos sean señores y no otros como siempre lo hemos sido nosotros de todas las naciones del mundo...”¹⁶

Un siglo después de la fundación de México-Tenochtitlan, en 1427, cuando la guerra contra Azcapotzalco, Tenochtitlan comienza a convertirse, poco a poco, en un centro político importante. Algunos años más tarde, su renombre se extendía ya por toda Mesoamérica. Gobernada por un grupo en extremo belicoso que buscaba, a través de la guerra, su gloria y, por supuesto, la de su divinidad. Tenochtitlan se convirtió en la ciudad cuyo solo nombre “atemoriza y espanta y acobarda”.¹⁷

Tenochtitlan fue objeto de adjetivos sorprendentes. Se le consideró “el lugar de la gran águila”,¹⁸ “cabeza, padre y madre de todos los demás pueblos, que está y asiste aquí la silla, trono del imperio mexicano”,¹⁹ el pueblo cuya “grandeza y la magnificencia excedía a todos los del mundo”.²⁰ Tales son los términos con los cuales Tezozómoc definió a México, el hogar de valientes guerreros.

Este es el retrato de los mexicanos que Alvarado Tezozómoc nos ofrece en su *Crónica mexicana*. Un retrato que ciertamente concierne más a la élite gobernante que al pueblo gobernado. Los nobles, los grandes militares, los gobernantes, los grandes sacerdotes, son en efecto siempre personajes centrales de este relato. Es en suma la historia de un grupo, el calpulli guiado por Huitzilopochtli, protegido por él desde siempre, adornado de calidades guerreras, siempre conquistador, siempre victorioso; tales eran los mexicas, “flor del mundo”.²¹

La guerra

En el relato contenido en la *Crónica mexicana*, los pipiltin aztecas tienen como actividad principal la guerra cuyas descripciones son ciertamente ricas en información. Las causas, preparativos, desarrollo y

¹⁵ *Ibidem*, cap. XCVIII, p. 647.

¹⁶ *Ibidem*, cap. LXXIV, p. 534.

¹⁷ *Ibidem*, cap. LXXXVIII, p. 599.

¹⁸ *Ibidem*, cap. LXXVII, p. 549.

¹⁹ *Ibidem*, cap. LXXXVI, p. 589-590.

²⁰ *Ibidem*, cap. LXXXVII, p. 594.

²¹ *Ibidem*, cap. XLV, p. 391.

resultados de cada campaña son presentados al lector con sumo cuidado y detalle por el cronista. La guerra se presenta pues como una institución sólidamente enraizada en la realidad mexicana, fundada en el pasado —mítico e histórico a la vez—, con una evidente continuidad en el espíritu de los mexicanos y como razón de ser de los tenochcas adoradores de Huitzilopochtli.

El origen mítico de esta institución se sitúa en los momentos mismos en que los mexicas comenzaban su migración. La voluntad de Huitzilopochtli es el fundamento de la guerra que para siempre permanecería como elemento primordial de la ideología que daba cohesión al grupo.

Ya en el primer capítulo de la *Crónica mexicana*, Tezozómoc pone en boca de Huitzilopochtli frases que expresan cual era su misión específica como deidad: “Se me dio por cargo traer armas, arco y flechas y rodela... mi oficio es la guerra, y yo así mismo con mi pecho, cabeza y brazos, en todas partes tengo de ver y hacer mi oficio en muchos pueblos y gentes que hoy hay”.²² El oficio de Huitzilopochtli era pues la guerra y debía consagrarse a ella. A ella debían también consagrarse aquéllos que lo tuvieran por Dios.

La orden de Huitzilopochtli se hace aún más explícita un poco más adelante en la *Crónica mexicana*. Cuando los mexicas llegaron a Coatépéc, su misión guerrera les fue confiada de manera más clara. Los términos que escogió la divinidad para darles tal mandamiento son muy similares a aquellos con los cuales el mismo dios había, años antes, expresado sus propios deberes. “Mexicanos que aquí ha de ser vuestro cargo y oficio, aquí habéis de aguardar y esperar y de cuatro partes cuadrantes del mundo habéis de conquistar, ganar y avasallar (los pueblos) para vosotros, tened cuerpo, pecho, cabeza, brazos y fortaleza, pues os ha de costar así mismo sudor, trabajo y pura sangre”.²³

Esta carga ameritaba una entrega sin reservas que debía manifestarse a través de la actividad a la que, desde ese momento, los mexicas debían aplicarse, sirviéndose de sus cuerpos, sus armas y sus fuerzas.

La voluntad de Huitzilopochtli se convirtió pues en un argumento que justificaba la guerra, y no pocas veces los gobernantes tenochcas recurrían a él. La esencia de ese discurso, que la divinidad dirigió a los mexicanos en aquellos primeros momentos de su historia, vuelve varias veces a la conciencia de este pueblo guerrero a través de las

²² *Ibidem*, cap. I, p. 225.

²³ *Ibidem*, cap. II, p. 228.

palabras que los señores pronunciaban, para justificar las guerras que emprendían, ante sus soldados, sus aliados, o incluso, sus enemigos.

“Pues por su mandado que dejó (Huitzilopochtli) dicho a nuestros padres, que los trajo y guió a estas partes y que aquí habíamos de aguardar a todas las naciones del mundo y habíamos de ser por ello muy valientes, prósperos y aventajados en la guerra...”²⁴ Estas son las palabras de Moctezuma Ilhuicamina frente a los otros dos tlahtoques de la Triple Alianza, Nezahualcóyotl de Tetzaco y Totoquihuaztli de Tacuba, con las que les recuerda la misión que Huitzilopochtli confió a los mexicanos. Se trata de un discurso en el que al hacer referencia al origen de la actividad guerrera, la justifica, la renueva y la dota de mayor fuerza.

Incluso en las victorias, después de las guerras, los mexicanos no dejan caer en el olvido la voluntad de Huitzilopochtli. Esta constituye, evidentemente, un medio para justificar la legitimidad de lo que acaba de ser ganado. Un ejemplo de ello nos lo proporcionan las palabras con las que Cihuacóatl Tlacaélel recibe a Ahuítzotl cuando éste regresa victorioso de la conquista de Teloloapan y Oztoman: “Os ven vuestros mexicanos libre y sano, que fuiste en contra de los hijos del sol, aire, tierra y viento, de los pueblos enemigos, que en fin es este vuestro cargo y oficio, para tener este imperio en pie y sustentarlo; y aquí aguardaréis a todas las naciones del mundo...”²⁵

El discurso es esencialmente el mismo cuando es pronunciado ante un pueblo sujeto. En estos casos es como si los mexicanos buscaran la manera de justificar, ante las naciones por ellos dominadas, la sujeción oprobiosa a las que las tenían sometidas. La alocución que hizo Ahuítzotl ante las gentes de Xoconochco, cuando éstas habían capitulado pacíficamente, es en este sentido un ejemplo muy representativo. Aquí, una vez más, encontramos a Huitzilopochtli como la deidad que tiene por misión conquistar el mundo: “...pues este era su propio oficio y cargo (de Huitzilopochtli), la sujeción de extranjeros, pues a eso había venido de lejos...”²⁶ En seguida, en el mismo discurso, Ahuítzotl alude al hecho de que esta tarea, aunque era propia de Huitzilopochtli, debía ser realizada por los mexicanos: “para esto se crían y nacen los de la nación mexicana, para ganarlos y atraerlos (a los pueblos) a nosotros con vasallaje y a nuestro dios Huitzilopochtli”.²⁷

²⁴ *Ibidem*, cap. XXXVII, p. 355-356.

²⁵ *Ibidem*, cap. LXXIII, p. 530.

²⁶ *Ibidem*, cap. LXXIX, p. 556.

²⁷ *Ibidem*.

Si la religión, con todo su peso, daba fundamento, explicaba y justificaba la actividad guerrera de los mexicas tenochcas, la historia, por su lado, hacía otro tanto. En efecto, el pasado proporcionaba continuamente un sinnúmero de justificaciones al espíritu belicoso del pueblo de Huitzilopochtli. La historia mostraba cómo las generaciones de mexicas de otros tiempos habían hecho la guerra, cómo habían logrado extender sus conquistas y cómo, finalmente, habían logrado forjar un gran imperio. Ese ejemplo era digno de ser imitado, sólo así se podía llegar a ser, venido el tiempo, también un ejemplo para las futuras generaciones. Tal era el hilo conductor de un devenir en el que el pasado, el presente y el futuro se vinculaban a través de continuas guerras de conquista.

Las campañas llevadas a cabo en el pasado son recordadas en ocasión de la nuevas guerras que se emprenden. Así, durante la conquista de Chalco, Tlacaélel y Tlixcóatl tranquilizaban el espíritu de Moctezuma recordándole un enfrentamiento lejano en el tiempo, el de Chapultepec:

Señor —le decían— cosas como esas no nos espantan, ni pueden espantar; acuérdesse vuestra real memoria que fuimos, y lo fueron vuestros pasados y abuelos, combatidos de muchos géneros de enemigos, cuando nos rodearon en Chapultepec, pues nuestros abuelos entonces eran muy pocos, para la gran ventaja de nosotros ahora, pues a todos (los enemigos) los vencieron y desbarataron, y huyeron del gran valor mexicano...²⁸

La guerra contra Chalco, que en sus principios tanto preocupaba a Moctezuma, devino a su vez —cuando éste aún era tlahtoani— en un elemento de los discursos guerreros. Antes de la batalla contra la gente de Coixtlahuaca, para causarles miedo, los mexicanos les decían: “mirad el valor grande que tenían los de Chalco... al fin fueron vencidos, muertos, desbaratados y sujetos a la corona mexicana de nuestro imperio tan valeroso...”²⁹

Durante los preparativos para la guerra contra Tlatelolco —guerra que amerita, en nuestra opinión, un estudio aparte, ya que fue la única vez que, antes de la conquista española, Tenochtitlan fue amenazada por otro estado— bajo el reinado de Axayácatl, éste escuchó de boca de Tlacaélel un discurso donde se incluían referencias a héroes y guerras desde la contienda en Chapultepec. He aquí algunos

²⁸ *Ibidem*, cap. XXII, p. 291-292.

²⁹ *Ibidem*, cap. XXXIII, p. 336.

extractos de esta alocución: “Acordáos y sabed que sobre este caso vi-
nieron a morir... que por esta patria murieron... en las batallas... como
buenos soldados valerosos, otros presos y sacrificados a los dioses de
los enemigos... ¿sus muertes no fueron causa de que tuviéramos los
pueblos que ahora señoreamos?..”.³⁰

Por el hecho de que el enemigo era probablemente tan fuerte como
los mexicas, y que, además, se encontraba a las puertas mismas de
Tenochtitlan, apenas con una acequia de por medio, la importancia
de esta campaña resulta evidente. En el discurso que citamos arriba,
Tlacaélel no hace referencia a una guerra en particular, sino a todo un
pasado sembrado de campañas victoriosas y a la muerte honrosa que
sus ancestros habían encontrado en el campo de batalla. La síntesis de
todo un pasado guerrero se manifiesta con un imponente peso en este
discurso. A la batalla que tuvo lugar después de esta arenga, siguió la
victoria de los mexicanos. Hecho, este último, en verdad importante,
pues a partir de él los señores de Tenochtitlan tuvieron el dominio de
las dos ciudades gemelas que ocupaban el centro del lago de México.

La guerra aparece como la continua ocupación de los mexicas: con-
quistar cada vez más territorios, reconquistar los insurrectos, en fin,
mantener su imperio. Esta actividad, siempre presente, se proyecta
hacia el futuro: “Esto no se acabará jamás, que estamos cada día apa-
rejados a ir, y sojuzgar, ganar y adquirir honra y fama”.³¹

Las causas inmediatas de cada campaña militar parecen quedar
siempre en un segundo plano en los relatos de la *Crónica mexicana*. Se
percibe que, no importa cuáles hayan sido las causas de una guerra
—desobediencias, sublevaciones, etcétera—, lo que de ella se dice va
siempre más allá de esos factores inmediatos y toca las causas perma-
nentes, esenciales: la voluntad divina y la tradición ininterrumpida de
una larga historia.

Existía en la conciencia de los mexicanos, tal como Tezozómoc lo
presenta, una asimilación entre el concepto de guerra y los de gloria y
honor. No se trataba de una idea de la guerra como un medio para ac-
ceder a tales fines, sino —valga la insistencia— de una verdadera iden-
tificación. Citemos, para ejemplificar lo afirmado, el discurso guerrero
de los mexicas antes de iniciar la guerra contra Chalco: “estemos todos
en esta guerra, campo de gloria, montaña y lugar precioso de oro, sumo
contento y alegría nuestra... venimos a morir en campo de alegría...”.³²

³⁰ *Ibidem*, cap. XLIV, p. 389.

³¹ *Ibidem*, cap. XXIX, p. 317.

³² *Ibidem*, cap. XXVI, p. 304.

Tal idea viene a quedar reforzada después de esta misma guerra contra Chalco. Para honrar la muerte de los soldados mexicanos caídos en esta campaña, los habitantes de la ciudad de México compusieron un canto en el que el concepto de guerra quedó íntimamente relacionado con el de la gloria. Así la muerte en la guerra es el origen de la gloria y el honor eternos. Es a través de esta relación causa-efecto entre guerra y honor que puede explicarse la asimilación de estos dos conceptos en la *Crónica mexicana*.

El texto que transcribiremos señala la idea de la gloria obtenida a través de la muerte en campaña, oponiéndola a la muerte deshonrosa de los malhechores: “la muerte que nuestros padres, hermanos e hijos que de ellos recibieron, no les sucedió porque debidamente debían nada, ni por robar, ni mentir, ni otra vileza, sino por valor y honra de nuestra patria y nación”.³³

La conciencia que los mexicanos tenían de sí mismos como pueblo eminentemente guerrero que había alcanzado la gloria y el honor, nos la muestra el pasaje de la *Crónica mexicana* que refiere la gran hambruna en la época de Moctezuma Ilhuicamina. Esta penuria, causada por una fuerte y muy prolongada sequía, obligó a los mexicanos —los nobles incluidos— a venderse como esclavos en los mercados a gente de otras regiones donde los alimentos eran abundantes. Tezozómoc nos describe al pueblo conquistador, vencedor y pleno de gloria que debe sufrir la imposición de una servidumbre, sin haber tenido la ocasión de impedirla por las armas, ya que, esta vez, fue la naturaleza misma quien los venció: “... los llevaban con collares de palo... los cuales iban llorando de dolor todos y de lástima de verse esclavos, siendo hijos de mexicanos, los más ilustres que en todo este orbe y mundo mexicano hay..”.³⁴ Pero el origen de esta esclavitud no se encontraba en este mundo: “esto es venido del cielo y la tierra, los aires, mares, montes y cuevas, por mandato de los que rigen el cielo, los días y las noches”.³⁵ La gloria de los mexicanos quedaba sin mácula.

En suma, Tezozómoc nos muestra claramente que la tarea principal del pueblo elegido por Huitzilopochtli era la guerra, actividad sólidamente enraizada en el espíritu de los mexicanos. El ser guerrero de este pueblo se explica y se justifica a través de la religión —se hace la guerra porque tal es la voluntad del dios— y por la historia —se hace la guerra porque siempre se ha hecho—. La guerra fue para los mexica-

³³ *Ibidem*, cap. XXV, p. 301.

³⁴ *Ibidem*, cap. XL, p. 366.

³⁵ *Ibidem*.

nos una misión a cumplir , una tarea, un oficio. Concebida como el honor y la gloria, la guerra fue el hilo conductor de la historia de un pueblo cuyo poder y riqueza sorprendieron a los conquistadores españoles.

La guerra y sus fines

La guerra, en sí misma y en el contexto en que aparece de manera tan recurrente en la *Crónica mexicana*, no puede ser explicada de manera satisfactoria si no se tiene cuenta de una serie de factores que le son anejos. Entre estos tienen especial importancia las finalidades que a través de ella los mexicas pretendían alcanzar.

La guerra se nos presenta como una institución cuyos objetivos precisos concernían al culto a sus divinidades, por un lado, y al prestigio, al honor, al poder y a la riqueza, por otro, tanto de aquellos que en ella participaban, como del estado mexica en su conjunto.

Una primera finalidad de la guerra para los mexicas era, lo mismo que para la mayor parte de los pueblos del Altiplano Mexicano, la obtención del alimento para las divinidades, esto es, el procurarse las víctimas idóneas para el sacrificio. Tezozómoc, en la *Crónica mexicana*, insiste poco sobre este aspecto de la realidad mexica que tan bien conocemos a través de muchas otras fuentes. Son más bien raros los pasajes en los que el autor establece una relación evidente entre la guerra y los ritos de sacrificio, como lo hace en el capítulo LXI donde consigna el discurso que Nezahualcóyotl dirigió a Ahuítzotl cuando éste fue entronizado en Tenochtitlan: "... habéis de usar de vuestras guerras para este comer de los dioses, que lo sepan los que hasta ahora no lo saben, que están aquí estos dioses, que han de comer, pues ellos nos trajeron y encaminaron a este lago de agua, entremedias de estos tulares y cañaverales...".³⁶

Si bien es cierto que expresiones tan claras como ésta no son comunes en la crónica, no puede negarse que ella misma da elementos que cuando se miran reunidos, constituyen en su conjunto una insistencia, hasta cierto punto velada, sobre la importancia de la guerra como medio de obtención de las víctimas para el sacrificio. Es así que en algunos pasajes de la crónica, los personajes expresan su preocupación por alimentar a las divinidades con la sangre y los corazones de los esclavos. En otras ocasiones, cuando se trata de preparar una campaña o de analizar sus resultados, los gobernantes y los grandes

³⁶ *Ibidem*, cap. LXI, p. 459.

militares hablan del número de esclavos que se pueden capturar o que fueron capturados. Toca al lector atento tender las relaciones, identificando estos esclavos, producto de la guerra y aquellos cuya sangre y corazones, a través del sacrificio, devenían en alimento para los dioses.

La obtención y la conservación del poder de México Tenochtitlan, esto es de los nobles mexicas, era la segunda finalidad de las actividades guerreras de dicho pueblo. Tal objetivo se expresa muchas veces en la *Crónica mexicana* por boca de diferentes personajes que ocuparon lugares preponderantes en los escenarios político y religioso de la capital mexicana.

Poco después de la instalación de los mexicas en Tenochtitlan, cuando recibieron de los azcapotzalcas las instrucciones para pagarles los tributos a que, dada su calidad de sujetos, estaban obligados, Huitzilopochtli les habló para darles seguridad: “Haced lo que os mandan... no os dé pena de ello... que cumpliendo con esto..., con estos mandos los compraremos como a esclavos, y lo serán en tiempo adelante sin remisión alguna”.³⁷ Estas palabras de Huitzilopochtli profetizaban los primeros pasos de los mexicas hacia la conformación de un gran imperio. En efecto, puesto que los azcapotzalcas eran sus señores, la independencia respecto de ellos, así como su subsecuente sojuzgamiento, eran a todas luces necesarios si los mexicas querían ver realizadas las promesas que tantas veces su divinidad les había expresado.

Y la promesa se cumplió. La victoria de los mexicas sobre los azcapotzalcas fue total. Así, los habitantes de Tenochtitlan comenzaron una larga serie de campañas victoriosas que los llevaron a convertirse en amos de un gran territorio.

Tezozómoc no deja de señalar la importancia de este hecho. Si antes de sobrevenir la victoria sobre los de Azcapotzalco, el relato de la *Crónica mexicana* parece avanzar con cierta timidez, como balbuceando, dejando tras de sí grandes lagunas, a partir de ese acontecimiento tan sobresaliente, la narración deviene fluida, segura. El principio de esta parte de la crónica está bien señalado por el autor: “Comienza el memorial de los valerosos soldados, conquistadores de Azcapotzalco”.³⁸ La importancia de esos “valientes soldados” se explica en seguida: “son estos los principales valerosos mexicanos y los fundadores de México Tenochtitlan y los primeros capitanes y conquistadores que ganaron y ensancharon esta gran república y corte mexicana y las tierras y pueblos que pusieron en sujeción y cabeza de México Tenochtitlan”.³⁹

³⁷ *Ibidem*, cap. III, p. 232.

³⁸ *Ibidem*, cap. IX, p. 249.

³⁹ *Ibidem*.

Ciertamente la ciudad había sido fundada desde hacía muchos años. Cuando se anuncia que se tratará de los fundadores de la ciudad, no se refiere a aquella fundación primera y real de la ciudad. Lo que se quiere significar es que en ese momento la ciudad comienza a existir en tanto estado libre, lo que equivale a una fundación, pues es a partir de entonces que Tenochtitlan está en situación de convertirse en lo que posteriormente llegó a ser: la ciudad cuyo nombre “atemoriza y espanta y acobarda”.⁴⁰

Después de la guerra con Azcapotzalco, Huitzilopochtli no volvió a hablar con su pueblo. Es la época en que los mexicas, según nos lo muestra la *Crónica mexicana*, están ya en el camino que los conduce al poder. No tienen, por ello, la necesidad de escuchar más la voz de su dios; la fuerza de sus gobernantes es suficiente para darles confianza: “Apercibíos luego valerosos mexicanos, pues vuestra honra y fama ha de ser sonada en todo el mundo...”.⁴¹ Con tales palabras los dirigentes tenochcas infundieron valor a su pueblo, valor que, parece ser, antes sólo podía serles inspirado por Huitzilopochtli.

Tezozómoc presenta a los mexicas como poseedores de una conciencia muy clara de la relación entre la guerra y el poder, la primera como medio para acceder al segundo. He aquí algunos textos que así lo demuestran. El primero es un discurso pronunciado por los mexicanos al recibir la respuesta a la declaración de guerra de que habían hecho objeto a los habitantes de Tepeaca: “... (ellos) querían ver y probar la suerte de arcos, flechas, espaldares y rodela y astucias de guerrar de los mexicanos, pues nosotros no tenemos nuestros reinos ganados por herencia, sino en buena guerra ganados...”.⁴² Así, la guerra que se extendía y recubría la realidad mexicana era la explicación del imperio y el gran poder de los tenochcas. En el texto que transcribiremos, Cihuacóatl Tlacaélel, la víspera de su muerte, habla a Ahuítzotl y le hace una recapitulación de la continuidad de las actividades guerreras de los mexicanos y sus relaciones con el poder y las riquezas: “Digo todo esto porque los extraños sepan y entiendan, que estos bienes, y estas rentas quedan para ellos, que son ganados y adquiridos con sangre, lágrimas, suspiros, trabajos y muertes, y para ellos propios tan a costa de los *mexitin* y reyes pasados... que fallecieron en defensa de este imperio mexicano...”.⁴³

⁴⁰ *Ibidem*, cap. LXXXVIII, p. 599.

⁴¹ *Ibidem*, cap. XVII, p. 276.

⁴² *Ibidem*, cap. XXVII, p. 307.

⁴³ *Ibidem*, cap. LXIII, p. 473.

Los mexicas habían recibido pues un poder que había costado muy caro a sus ancestros. En consecuencia ellos tenían la obligación insoslayable de conservarlo y hacerlo crecer. El único medio para lograrlo era la guerra, el continuar esas campañas que costaban “sangre y lágrimas”, pero cuya recompensa era en verdad grande: “... ya veis, señores que en vuestras manos están los mares del cielo y las costas de la gran mar”.⁴⁴ Era la época en que el poderío de los mexicanos se extendía hasta el mar y constituía un “imperio tan temible en el mundo”.⁴⁵

Tenochtitlan era objeto de honores y renombre porque poseía el poder. Este era casi ilimitado y casi —si no absolutamente— despótico. Así nos lo hace ver Tezozómoc en muchas ocasiones. La sentencia que se lee en un pasaje que refiere la campaña punitiva que los mexicas realizaron contra los totonacas nos lo muestra muy bien. “Moctezuma, que rige y gobierna este mundo, tiene dada, y Cihuacóatl, la sentencia de que a vuestros señores y principales... hayan de morir, y esto es sin embargo de cosa ninguna...”.⁴⁶ Hay dos elementos que dotan a estas palabras de un sentido despótico: el que se hable de Moctezuma como soberano universal y el que se tenga en tan poco la vida de los señores totonacas, para expresar que debían parecer y que “sin embargo, eso no es nada”.

Tan interesante como el texto que acabamos de citar, es otro que concierne a la invitación hecha por el Cihuacóatl a todos los señores de las provincias sujetas a Tenochtitlan para asistir a la entronización de Ahuítzotl:

fueron despedidos muchos mensajeros a todos los pueblos sujetos hasta la mar del oriente, para que nuevamente vengan estos al reconocimiento de lo que es México Tenochtitlan... es menester que la planten, como está ahora plantada la zeiba *pochotl* y el *ahuehuetl* o ciprés que da sombra y cobija, que así esté nuestro rey y señor nuevo el Ahuítzotl...⁴⁷

Todos los pueblos, incluso los más lejanos debían acudir a rendir homenaje y reconocer como señor al nuevo tlahtoani de Tenochtitlan. El texto lo expresa claramente y luego lo reitera a través de metáforas: “es necesario que planten... el *pochotl* y el *ahuehuetl* que da sombra y protege”. Se trata de una variante de una antigua metáfora repertoriada por Sahagún:

⁴⁴ *Ibidem*, cap. XLVII, p. 401.

⁴⁵ *Ibidem*, cap. LVI, p. 437.

⁴⁶ *Ibidem*, cap. XXXV, p. 348.

⁴⁷ *Ibidem*, cap. LX, p. 457.

Tehuehuetl, yn tipochotl
motlan mocehualhuiz
moyacalhuiz
macehualli.⁴⁸

Tú eres el ahuehuate, tu eres el pochote
debajo tendrá abrigo,
tendrá sombra,
el macehual.

Esta metáfora hace referencia a la protección que los gobernantes prodigan a sus gobernadores. La variante respecto del texto de Tezozómoc consiste en el uso que allí se hace del verbo “plantar”, que en ese contexto puede ser interpretado como reconocer la autoridad del nuevo gobernante.

Bajo las formas diplomáticas de la invitación de Tlacaélel debemos ver una verdadera amenaza. La regla ya estaba establecida: declinar una invitación de esta naturaleza equivalía a una desobediencia, a un insulto que merecía una campaña punitiva. ¿Qué es esto, si no una manifestación contundente del despotismo de los mexicas?

Hacia el final de la crónica, Tezozómoc nos presenta al pueblo de Huitzilopochtli en una situación de gran estabilidad. La nación mexicana había llegado a un punto culminante en su trayectoria como imperio. Los mexicas se sabían señores del mundo; no tenían nada que temer. Nada en el porvenir podría costarles un precio tan caro como el que sus ancestros habían pagado para levantar, desde la esclavitud hasta las alturas de un gran imperio, a aquel grupo al que nadie conocía cuando llegó al valle de México. En ese sentido, un discurso pronunciado por Cihuacóatl, cuando fue entronizado el nuevo tlahtoani de Tetzcoaco después de la muerte de Nezahualpilli, es en verdad revelador: “Por esta honra murieron gentes en la defensa; y esto llevarónlo los antiguos: ahora lo gozamos con manos lavadas sin costarnos derramamiento de sangre mexicana. ¿Ahora no señorean los mexicanos a todo el mundo, como bien lo sabéis...?”⁴⁹

Parecería que no les quedaba nada más por ganar. Estaban en la cúspide; el mundo era suyo y ellos eran conscientes de ello. Su imperio se llamaba: *Cemanahuac tenochca tlalpan*: El universo tenochca sobre la tierra.⁵⁰

La tercera motivación que la guerra ofrecía a los mexicanos era la adquisición de bienes materiales. Primero; como frutos inmediatos de sus campañas victoriosas, los guerreros tenían derecho al botín. Después, la provincia conquistada cargaba con la obligación insoslayable de pagar regularmente a Tenochtitlan los tributos que este señorío le

⁴⁸ *Códice Florentino*, f. 119v.

⁴⁹ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CI, p. 659.

⁵⁰ *Ibidem*, cap. X, p. 253.

tasaba, lo que constituía una forma muy efectiva de asegurar la continua entrada de bienes diversos a las arcas del estado. Se percibe claramente que el poder y la grandeza, la gloria y los honores no iban independientes de la riqueza.

Esta acumulación de bienes, a la cual los mexicas tuvieron acceso a través de la conquista, estaba presente en su realidad, igual que la guerra, desde las épocas en que Huitzilopochtli los dirigía, hablándoles, durante la migración:

Primero he de conquistar en guerras para tener y nombrar mi casa de preciada esmeralda y oro adornada de plumería, adornada la casa de preciada esmeralda transparente como un cristal, de diversos colores de preciada plumería a la vista muy suaves y estimadas, así mismo tener y poseer géneros de preciadas mazorcas, cacao de muchos colores; así mismo tener todas suertes de color de algodón e hilados: todo lo tengo de ver y tener, pues me es mandado, y mi oficio, y a eso vine...⁵¹

En este texto, Huitzilopochtli se atribuye así mismo la tarea de conquistar para acceder por ese medio a la posesión de riquezas. Pero ya vimos, cuando hablábamos de la guerra, cómo el dios al hacer suya una actividad o un deber, lo imponía en consecuencia a su pueblo. En efecto, un poco más lejos en el texto de la *Crónica mexicana*, Huitzilopochtli se dirige una vez más a los mexicanos imponiéndoles, de manera clara y definitiva, la tarea que antes había declarado suya:

Mexicanos, que aquí ha de ser vuestro cargo y oficio... para que vosotros alcancéis y gocéis las finas esmeraldas... fina plumería, preciadas colores de pluma, fino cacao de lejos venido, lanas de diversos tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suaves y sabrosas y otras muchas cosas de mucho placer y contento.⁵²

Podría decirse que la tarea guerrera de Huitzilopochtli, en un primer tiempo apenas compartida con los mexicanos, en esta alocución se humaniza por completo. Ya no es la divinidad que revela a su pueblo la misión que tiene por propia y que con sólo hacerlo establece con los hombres el compromiso según el cual debían colaborar con ella en el cumplimiento de tal tarea, con la promesa de compartir los bienes obtenidos. Aquí se da una inversión. Ahora, los mexicanos se

⁵¹ *Ibidem*, cap. I, p. 226.

⁵² *Ibidem*, cap. II, p. 228-229.

ocuparán de dicha tarea con la ayuda de su divinidad quien también, por supuesto, aprovechará los beneficios obtenidos.

La riqueza comienza a ser considerada en los discursos que tienen como finalidad inflamar la bravura de los soldados mexicanos y aparece al lado de las referencias a la gloria, al honor y al poder. Muchas veces, a lo largo de la *Crónica mexicana*, Tezozómoc nos permite observar este cambio. Es el caso de un discurso pronunciado antes de la guerra contra los habitantes de Tochpan. Los jefes militares se dirigieron a sus soldados diciéndoles que estaban “distantes y apartados de su patria y nación... para sólo ganar honra y fama y adquirir riquezas y esclavos...”⁵³

Es posible encontrar algunas veces en esos discursos referencias a situaciones penosas que serían subsanadas con las riquezas que se adquieran en la guerra. Así, en las campañas, los guerreros debían salir victoriosos pues con los bienes materiales allí obtenidos podrían sacar a sus familias de la miseria en que vivían. Tal es el contenido del discurso que los capitanes mexicanos hicieron frente a sus soldados para animarlos antes de una batalla durante la guerra en Oaxaca. Tezozómoc dice que los jefes militares “les amonestaron la pobreza y miseria de sus casas, mujeres, hijos, hermanos, padres, madres... y como era llegado el tiempo de aventajarse en riqueza, renta, esclavos, honra y fama”.⁵⁴

Es fácil suponer que este discurso hacía referencia sobre todo a la posibilidad de obtener beneficios inmediatos en la campaña, esto es, aprovechar el botín de guerra. Pero es muy cierto también que los militares tenían siempre acceso a otros bienes provenientes de los tributos pagados por las provincias conquistadas. Tezozómoc mismo hace referencia a esta manera de reparto de la riqueza de los tributos, producto de la guerra: “...aunque venían [los sujetos] a darlo [el tributo] a Itzcóatl, era para todos los mexicanos en común...”.⁵⁵

Aparece después otro pasaje en el que Tezozómoc nos ilustra de manera más completa respecto de este tópico. Se trata también de un discurso militar para despertar la bravura guerrera de los mexicanos: “diciéndoles las cosas que les mueve a la guerra, y de la manera que se alcanzan los bienes y honra, y entrar en el palacio armados y vestidos y tener parte de las rentas de Moctezuma, por las victorias ganadas con valor...”.⁵⁶

Es necesario señalar que, en este sentido, la guerra no sólo proporcionaba riquezas y honores a los nobles, altos mandos de la mili-

⁵³ *Ibidem*, cap. XXVIII, p. 312-313.

⁵⁴ *Ibidem*, cap. XXXVIII, p. 359.

⁵⁵ *Ibidem*, cap. X, p. 253.

⁵⁶ *Ibidem*, cap. XXXVIII, p. 358.

cia tenochca, sino que ponía en sus manos un instrumento muy eficaz a través del cual podían afianzar aún más su poder en el seno de su sociedad. En efecto, la posibilidad de obtener, a través de la guerra, bienes materiales y honores constituyó para los hombres del pueblo, para los macehuales, la causa de un sentimiento de competencia por lograr la adquisición de tales bienes que minó la cohesión que caracterizaba al grupo social al que pertenecían y produjo un debilitamiento del mismo ante el poder de la nobleza.

Los beneficios del botín eran, sin duda alguna, muy inferiores al producto de los tributos que también eran resultado de la guerra. Existen dos documentos fiscales de origen prehispánico —aunque ciertamente sólo los conocemos a través de sus copias coloniales— que nos dan información importante sobre estas cuestiones. Se trata del *Código Mendoza* y la *Matrícula de tributos*. Tezozómoc por su lado, no olvidó hacer referencia a la gran diversidad y a las enormes cantidades de tributos que los mexicanos recibían de sus sujetos. Después de una lista exhaustiva de las provincias conquistadas por los ejércitos mexicas, enumera los productos que llegaban como parte de las cargas tributarias que los pueblos sujetos debían pagar a México: piedras y plumas preciosas, oro, ámbar, cacao, pájaros, cueros de diferentes animales, tejidos muy finos.⁵⁷ A esta lista se sumaban también productos alimenticios tales como el maíz y los frijoles, entre otros. Fue así que México Tenochtitlan, a donde todos estos tributos convergían, llegó a ser la ciudad rica y exuberante que los españoles conocieron a fines de 1519. Fue así como se cumplió la promesa que Huitzilopochtli había hecho a los mexicanos cuando aún eran un grupo miserable que se disponía a iniciar una migración.

El fin de una historia

Cuando Moctezuma Xocoyotzin fue entronizado, México Tenochtitlan era pues el corazón de un imperio sólidamente constituido y tan grande como nunca antes lo había habido en Mesoamérica. Igual que sus antecesores, no dudó en hacerse llamar *in cemanahuac tlahtoani*, el señor del universo.

En este contexto de poder, honor y riquezas, comenzaron a manifestarse signos que anunciaban la inminencia de acontecimientos que parecían definitivos para el futuro de Tenochtitlan. De ellos da cuenta Tezozómoc en la *Crónica mexicana*.

⁵⁷ *Ibidem*, cap. IX, p. 250.

El incendio, rodeado de gran misterio, en el santuario dedicado a la diosa Toci, nuestra abuela, madre de los dioses, sembró la inquietud en el corazón de Moctezuma, quien al punto ordenó se hicieran las pesquisas conducentes a esclarecer el hecho. Tales encuestas no llegaron a nada.⁵⁸

Una noche apareció, del lado del oriente, una gran columna que parecía ser de humo “tan blanco que relumbraba y daba tanta claridad que parecía medio día” y que bajaba del cielo a la tierra. Moctezuma fue informado de ello y pudo observar el portentoso con sus propios ojos.⁵⁹ Atormentado por no poder encontrar explicación a estos dos signos, Moctezuma acudió a Nezahualpilli, tlahtoani de Tetzaco, cuya reputación de gran sabio se extendía por todo el altiplano. La interpretación que este hizo de tales portentosos fue en verdad aterradora. Estos anunciaban el fin y la destrucción del imperio.⁶⁰ Tezozómoc nos presenta por vez primera a un tlahtoani mexica alterado ante los acontecimientos por venir. “Y yo, ¿adónde iré, heme de volver pájaro, he de volar o esconderme?. ¿Habré de aguantar a lo que sobre nosotros el cielo quisiere hacer?...”.⁶¹ Tales fueron las palabras que Moctezuma atinó a pronunciar después de su entrevista con Nezahualpilli. Estas son frases, clara manifestación de miedo, que nunca antes el autor de la *Crónica mexicana* había puesto en boca de un dignatario mexica.

Los presagios continuaron, cada vez más claros. La interpretación siguió siendo siempre la misma: el fin del huey tlahtocáyotl de los tenochcas. Así, una piedra que los mexicas transportaban hacia México y que debía servir en el templo, se hizo cada vez más pesada al punto que fue imposible moverla. Finalmente habló la piedra y explicó porque no quería ser llevada a México: “Decidle a Moctezuma ¿que para qué me quiere?... Que ya no es tiempo de hacer lo que ahora acuerda... porque ya ha llegado su término de él...”.⁶² Después de hablar así, la piedra aceptó que se le transportara hasta México, donde fue colocada frente al templo de Huitzilopochtli.

Un anciano macehual soñó que un incendio destruía el templo. Una vieja igualmente tuvo un sueño desconcertante: un gran río atravesaba el palacio de Moctezuma.⁶³ El agua y el fuego —*atl tlachinolli*— eran los símbolos de la guerra. Estos dos elementos, en los sueños de

⁵⁸ *Ibidem*, cap. XCIX, p. 650.

⁵⁹ *Ibidem*, cap. C, p. 653.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 654.

⁶¹ *Ibidem*.

⁶² *Ibidem*, cap. CII, p. 664.

⁶³ *Ibidem*, cap. CVI, p. 682.

los ancianos, destruían los símbolos de la ciudad: el templo y el palacio del tlahtoani. El presagio no podía ser más claro. El fin de la ciudad y por lo tanto del imperio, se anunciaba ya próximo y este fin sería a través de una conquista.

El miedo de Moctezuma se hizo más evidente. Quería huir y envió mensajeros a Cincalco, mística región donde se encontraba la morada de Huemac. Los enviados le llevaban ofrendas y un mensaje en que Moctezuma expresaba sus deseos de ir a habitar a esa región, para lo que le solicitaba su beneplácito. Por tres ocasiones la solicitud de Moctezuma fue rechazada. Finalmente, después de haber hecho una larga penitencia, cuando iba a ser aceptado por Huemac, en el momento preciso en que éste se le aproximaba para conducirlo a Cincalco, un joven que cuidaba una de las divinidades del templo se presentó e impidió la huida. Tzoncoztli, tal era su nombre, había escuchado en sueños la voz de la divinidad y había recibido la orden de buscar a Moctezuma para transmitirle un mensaje e impedir su huida. El mensaje del joven evocaba la vergüenza y el deshonor que significaba la huida de un emperador. Moctezuma cobró conciencia de ello, abandonó sus proyectos y regresó a la ciudad para esperar los acontecimientos funestos por venir.⁶⁴

Un día los augurios comenzaron a realizarse. Ante las playas del actual golfo de México aparecieron los barcos de los conquistadores. Un indígena los observó y, sin decir nada a nadie, se dirigió a México, donde se presentó ante Moctezuma diciendo: “llegué a las orillas de la mar grande, y vide andar en medio de la mar como una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llega a las orillas”.⁶⁵ Moctezuma envió a dos sacerdotes para confirmar tales informaciones. Estos dos personajes partieron luego hacia las costas donde vieron con sus propios ojos los barcos de Cortés y la actividad de los españoles.⁶⁶

Moctezuma trató por diferentes medios de disuadir a los españoles de penetrar en los territorios de su imperio, tratando así de impedir el cumplimiento de los funestos presagios que tantas veces se habían manifestado. Envío mensajeros con regalos y discursos con el fin de convencer a los españoles de regresar a las regiones de las que habían venido. También mandó unos magos con la consigna de encontrarse con Cortés y sus hombres y, a través de ritos y conjuros, obligarlos a partir. Todas estas tentativas fracasaron. El destino debía cumplirse irremediablemente.

⁶⁴ Cfr. *ibidem*, cap. CV, p. 679-680.

⁶⁵ *Ibidem*, cap. CVI, p. 684.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 685.

Finalmente, Moctezuma invadido por la desesperanza y la tristeza, acepta el hecho de que su reino se había perdido para siempre. Tezozómoc nos lo presenta consciente del futuro que esperaba a México Tenochtitlan:

Elo ha de ser así,... los que rigieren y gobernaren por mandato de ellos (de los españoles), que no es ni ha de ser señorío, sino que os tendrán sujetos como esclavos, y si los dioses os dieren vida os recordareis de lo que aquí os digo, y si todavía escapase yo con la vida, ya no seré rey, sino *tequitlato* y en mí se vendrán a consumir los señores, tronos, sillas y estrados que los antiguos reyes vieron y gozaron; porque en mí, que soy Moctezuma, se acabará todo.⁶⁷

Tezozómoc refiere cómo al tiempo en que Moctezuma se expresaba con estas palabras llenas de desolación, Cortés avanzaba por los caminos que unían las costas del golfo con la ciudad de México. Cortés penetraba estas regiones trayendo consigo el fin de los mexicas.

En la *Crónica mexicana* la historia de los mexicas se nos presenta como una historia perfectamente concluida. Los mexicas, desconocidos al principio, a medida que la historia avanza, aparecen con rasgos cada vez más claros: pueblo elegido, guiado por su dios, pueblo valiente, bravo en la guerra, cruel, predestinado a realizar un sinnúmero de conquistas y predestinado también al poder y a la posesión de riquezas.

La historia mexica comienza rodeada de profecías. Salieron de la mítica Aztlan obedeciendo a su deidad tutelar quien les había prometido llevarlos hasta un sitio donde podían fundar su ciudad que, venido el tiempo, se convertiría en el centro del mundo. Para que tal profecía se cumpliera existía sólo una condición: este grupo debía hacer de la guerra su principal ocupación.

Tezozómoc nos muestra el desarrollo de esta historia como una sucesión de batallas y conquistas. Cada campaña de la que salían victoriosos, significaba para el pueblo de Huitzilopochtli la realización de la profecía que este dios había expresado. A medida que pasaba el tiempo, los mexicas se veían a sí mismos objeto de más y más honores, cada vez más ricos. Ni ellos, ni su dios habían roto el pacto establecido al tiempo de la salida de Aztlan.

Cuando Tenochtitlan era el centro del mundo, cuando su gobernante se hacía llamar *in cemanahuac tlahtoani*, la profecía de Huitzilopochtli

⁶⁷ *Ibidem*, cap. CX, p. 700.



fue realidad cumplida. Fue entonces cuando se manifestaron los nuevos presagios, malos esta vez, que anunciaban la caída de la ciudad. Si al principio inquietaban porque eran poco claros, devinieron terribles cuando su significación se esclareció: la llegada inminente de extranjeros cuyas intenciones eran conquistar y destruir México. Según la *Crónica mexicana*, los mexicas que al principio aceptaron y creyeron las promesas de Huitzilopochtli, de igual manera se resignaron a su fin cuando se manifestaron estos portentos. Muchos habitantes de la gran ciudad sobrevivieron a la conquista, pero México Tenochtitlan se acabó tal como los presagios lo habían anunciado. La historia de México relatada en esta crónica se cierra sobre ella misma para constituir una historia cumplida, acabada, sin ningún intersticio por el cual pudiera observarse alguna posibilidad de continuación.

